Gabriel García Márquez: el hombre

Roberto Herrera

Gabriel García Márquez es el cuarto escritor hispanoamericano que ha recibido el Premio Nobel de Literatura. Los que le precedieron en la obtención de ese honroso galardón fueron: la exquisita poetisa chilena Gabriela Mistral, el novelista guatemalteco Miguel Angel Asturias, y el famoso poeta, también nacido en Chile, Pablo Neruda. Sin embargo, quizá haya sido García Márquez el que ha tenido una carrera ascendente más rápida en el campo de las letras y el que haya logrado su consagración definitiva, no sólo en la América de habla española, sino en todo el mundo, con una sola obra fundamental: su famosísima novela titulada *Cien años de soledad,* publicada en 1967 y actualmente traducida a casi todos los idiomas del orbe.

Gabriel García Márquez nació el 6 de marzo de 1928, en la pequeña población de Aracataca, situada no lejos del puerto caribeño de Santa Marta, en la zona bananera del valle del río Magdalena. El mismo ha admitido en varias ocasiones que, aunque abandonó esta región de Colombia tempranamente en su vida, ella sigue viviendo en su espíritu y en su recuerdo con todo el pintoresquismo y el colorido propio de dicha región, que es la misma donde más tarde él situó ese mundo literario, creado por su genio de novelista, y al cual bautizó con el nombre de Macondo. Y ¿qué significa Macondo? Cerca de Aracataca, patria natal de García Márquez, hay dos pueblos que guardan sus semajanzas con el anterior: Guacamayal y Sevilla. Entre éstos, más cercana al segundo, se encuentra la finca Macondo, de donde el novelista colombiano tomó el nombre para la capital de su orbe literario. Por uno de los costados de dicha finca corre un riachuelo de aguas calientes al mediodía. A la vera de éste se levantó un caserío posterior a la finca, al que también se le conoce con el mismo nombre de Macondo. En la región hay cultivos técnicos de bananos, y, de las pocas plantaciones que quedan en la región, solamente la de Macondo parece conservar la exuberancia de otros tiempos bajo el auspicio diabólico del eufónico nombre. Y es que aquí hay un secreto que muchos ignoran, como afirma Dasso Saldívar en su enjundioso artículo «De dóno y cómo nació *Cien años de soledad»,* ya que la palabra Macondo significa banano en bantú, y para los makondos del Africa, mencionados al final de *Cien años de soledad,* esa palabra quiere decir «alimento del diablo» [1]. Hay, por supuesto, otras teorías sobre el significado de dicha palabra, pero la más aceptada es la que sostiene la procedencia bantuniana de dicho vocablo. Así, resulta lógica la explicación de que los negros esclavos del Africa siguieron llamando en todo el Caribe, y más tarde en la costa atlántica colombiana, Macondo al producto que en su tierra constituía lo básico de su alimentación y que, en consecuencia, la finca Macondo, la primera finca bananera de la costa colombiana, recibiera dicho nombre. Ese mundo de condo pudiera compararse, quizá, al creado por William Faulkner en el Condado de

[1] *Explicación de* «Cien años de soledad». Explicación de textos literarios, Porrata y Avedaño, San José, Costa Rica, 1976, p. 283.

BOLETÍN AEPE Nº 29. Roberto HERRERA. Gabriel García Márquez: el hombre
Centro Virtual Cervantes

Yoknapatawpha, que es un punto clave en la literatura contemporánea. Por eso ha dicho el profesor Fernando Alegría en su libro *Retratos contemporáneos* que «García Márquez, al igual que Faulkner, también ha dado en el clavo al inventar la ciudad que llamó Macondo y sobre la cual empezó a escribir cuando no tenía aún veinte años de edad. Hoy, García Márquez cobra cerca de un millón de dólares por los derechos de autor de su última obra titulada *El otoño del patriarca* y publicada en 1975» [2]. Se ha convertido, pues, en pocos años en el novelista más célebre de Hispanoamérica y son muchos los críticos que le comparan con Cervantes porque, al igual que el autor del *Don Quijote,* entretiene e instruye con sus libros en los que se mezclan la realidad y la fantasía, y, quizá, por ello sus obras, como las del Manco de Lepanto, han sido traducidas a todos los idiomas.

Gabriel García Márquez, según él mismo nos ha contado en distintas ocasiones, tuvo una infancia prodigiosa en ese pueblecillo de la costa atlántica de Colombia, donde creció y se crió con sus abuelos, quienes «tenían una casa enorme, llena de fantasmas. Los viejitos eran personas de gran imaginación y muy supersticiosas... En cada rincón había muertos y memorias, y, después de las seis de la tarde, la casa era intransitable. Era un mundo prodigioso de terror. Al pie de mi cama había un gran altar dorado con santos de yeso, cuyos ojos brillaban en la oscuridad. Mi abuela entraba de puntillas por la noche y me aterrorizaba con sus cuentos. Era nerviosa, excitable, propensa a las visiones. Mi abuelo era mi gran compañero, amigo y confidente. La figura más importante de mi vida. Murió cuando yo tenía ocho años. Después todo me resultó plano... Desde entonces, no me ha pasado nada interesante... Estas fueron las circunstancias en que se construyó mi mundo. Y ahora me doy cuenta de que siempre veo la imagen de mi abuelo mostrándome cosas...»[3]. Es innegable, pues, que, en su fértil imaginación, el niño que fue García Márquez integró el mundo fantástico de sus abuelos con la rutina de los vecinos del pueblo. Es decir, que, desde pequeño, se fue acostumbrando el futuro escritor a mezclar lo fabuloso con lo real, lo verdadero con lo imaginado, tal y como haría, después, en su obra literaria caracterizada por la mezcla y confusión de estos dos ingredientes fundamentales que los críticos han denominado «el realismo mágico». Por aquellos años de la infancia, la abuela le contaba anécdotas de las cruentas guerras civiles de Colombia, le daba nombres de generales, coroneles, caudillos y presidente. Nombres, hechos y fechas se fueron confundiendo en la mente excitada de aquel niño que, poco a poco, fue incapaz de distinguir entre lo que era histórico y lo que era ficción. La historia de su país, por otra parte, es una cadena interminable de hechos increíbles. En su memoria, el niño les da vueltas a esos cuentos, se duerme pensando en ellos, se despierta agregando él mismo nuevas aventuras y nuevos personajes. Y de este mundo de recuerdos, fantasías, realidades e irrealidades, surgirá más tarde la novela más famosa de García Márquez y la que lo consagró definitivamente ante todos los públicos: *Cien años de soledad.*

El niño del que hemos venido hablando fue, al parecer, tímido y retraído. A los doce años de edad, lo manda su familia a Bogotá a estudiar con los jesuitas. Pasa por el colegio, como ha indicado Fernando Alegría en su libro antes mencionado, «como un alma en pena. Termina el liceo y cree tener vocación para ser abogado. Se equivoca. Entra a la universidad y no termina sus estudios. No son las academias lo que él busca en el mundo. Le atraen las calles, los misterios de la gran ciudad, las gentes en quienes ve reencarnados los fantasmas creados por sus abuelos» [4]. Es entonces cuan-

[2] Alegría, Fernando, *Retratos contemporáneos,* Harcourt Brace Jovanovich Inc., 1979, p. 3.
[3] *Ibid.,* p. 5.
[4] *Ibid.,* p. 6.

BOLETÍN AEPE Nº 29. Roberto HERRERA. Gabriel García Márquez: el hombre
Centro Virtual Cervantes

do decide ser periodista, y empieza a trabajar como reportero para el diario «El Espectador» de Bogotá. El mismo nos confiesa que, por aquellos años, se convirtió en un lector insaciable. Entre sus lecturas preferidas se cuentan novelas e historias cortas de Joyce, Kafka y Faulkner. En 1954, el periódico para el cual trabajaba le nombra corresponsal en Europa. Va a vivir a Roma, donde más que escribir artículos de actualidad le interesa escribir sobre cine. Quiere ser director de películas, y con tal motivo se traslada a París. Mientras tanto, el general Rojas Pinilla, uno de los tantos dictadores que han tenido que sufrir en Colombia, clausura, por razones políticas, «El Espectador» y García Márquez se queda sin empleo y en espera de cheques que nunca llegan, tal y como le ocurrió al extraño personaje de su novela *El Coronel no tiene quién le escriba.* Como en este mundo en que vivimos no faltan nunca personas caritativas y bondadosas, el dueño del hotel en que se hospeda en aquellos momentos difíciles se apiada de verlo teclear, incansablemente, noche a noche, en su máquina de escribir, y, gracias a su generosidad, logra vivir un año entero en dicho hotel sin pagar por el alquiler de su habitación. Es entonces cuando decide volver a su patria para casarse con Mercedes, la novia que llevaba cuatro años esperándolo, y, juntos, van a probar suerte en Caracas. De allí pasan a Nueva York y, algún tiempo después, a México, donde se instalan, y García Márquez puede dedicarse a escribir para el cine. Todo esto constituye una actividad importante, pero no decisiva: son ocupaciones temporales; es decir, trabajos que van y vienen. Pero, en otro plano de su vida, al margen de horarios y salarios, el joven escritor prosigue la elaboración lenta del libro que, en 1967, lo consagra definitivamente. Mientras tanto, sus amigos lo inducen a escribir y publicar. Gana concursos literarios y, con estos premios a su labor intelectual, va creciendo su prestigio. Sin embargo, siente que no ha dado aún con la forma que necesita el material de su futura novela, y, en consecuencia, ensaya, escribe y borra en una constante y productiva autocrítica de su propia labor literaria. No está contento con lo que va saliendo de su pluma, ya que sabe que las formas del realismo convencional no le satisfacen. Sus personajes insisten en vivir en un mundo de fantasía. Llega, entonces, a la triste conclusión de que no tiene en aquellos momentos —según lo ha dicho él mismo— ni la experiencia vital ni los recursos literarios necesarios para escribir el libro que se ha propuesto y en el que se narran cien años de la vida de un pueblo; un pueblo que puede convertirse en la imagen alegórica de toda la historia de Iberoamérica. Trabaja, por tanto, en capítulos que se publican como libros: *La hojarasca,* en 1955; *El Coronel no tiene quién le escriba,* en 1961; *Los funerales de la Mamá Grande,* en 1962, y *La mala hora,* en el mismo año.

Para narrar una crónica, como la señalada anteriormente, Gabriel García Márquez usa un lenguaje liso, llano y castizo con influencias lingüísticas de España y América, y, al propio tiempo, dinámico en su constante movimiento inventivo y en sus proyecciones poéticas. Casi se le podría definir como «una poesía de la acción»[5]. Y logra, finalmente, el éxito y la fama que traen, como consecuencia, una completa alteración de la vida tranquila y apacible que hasta entonces le gustaba llevar al escritor. Tiene ahora que admitir, en contra de su voluntad, que ya no es el periodista desenfadado de sus años en Caracas y en México, y, que ahora, tiene que cargar con la seria responsabilidad de los hombres célebres. «Qué vaina» —exclamaba García Márquez—, y agrega: «Creo que uno necesita de cierto grado de irresponsabilidad para ser un escritor; cada letra que escrio ahora me aplasta, y me muero de envidia pensando en mis días de periodista cuando despachaba mis cosas con toda tranquilidad. Este libro *(Cien años de soledad)* ha cambiado toda mi vida... Antes de escribirlo tenía

[5] *Ibid.,* p. 9.

BOLETÍN AEPE Nº 29. Roberto HERRERA. Gabriel García Márquez: el hombre
Centro Virtual Cervantes

mis amigos, pero ahora hay enormes cantidades de personas que me quieren ver y hablar conmigo, periodistas, académicos, lectores» [6]. Esta nueva vida de prominencia y primeros planos le ha creado graves problemas a este hombre tímido, de grandes ojos oscuros y trementos bigotazos negros. «De pronto descubrió que cada palabra suya se iba en las líneas de los cables internacionales y producía un revuelo solamente comparable a las declaraciones de un presidente o de un primer ministro. El teléfono de su casa suena interminablemente y la correspondencia se acumula hasta alcanzar la altura de un cerro en su mesa de trabajo. Los periodistas, que constantemente lo acosan y asedian con sus habituales preguntas, esperan en hoteles cercanos a su casa para sorprenderlo y sacarle algunas novedades. Y él, para evitarse, se esconde o anuncia que se va de viaje, y, cuando llega a una ciudad, informa, al segundo día, que ha partido de nuevo, cuando la realidad es que ha cambiado solamente de hotel para que lo dejen tranquilo.»[7].

Vive algunos años en Barcelona tratando de establecer una rutina de trabajo. El oficio de escritor le exige soledad, pero su índole aventurera y curiosa lo lleva hacia las personas para buscarles la magia detrás de sus vidas rutinarias, como lo hizo ya, desde hace algunos años, con los habitantes de Macondo. No obstante, la soledad es el gran tema de su obra literaria. Y es precisamente por eso que en su última novela, *El otoño del patriarca,* la soledad es la maldición del hombre que cree poseer el poder absoluto sobre los demás hombres.

García Márquez parece estar lleno de contradicciones, y esto, aunque parezca extraño, le gusta: «yo he dicho que quien no se contradice es un dogmático y todo dogmático es un reaccionario. Yo me contradigo a cada minuto y, particularmente, en materia literaria. Por mi método de trabajo no podría llegar al punto de la creación literaria sin contradecirme, rectificarme y equivocarme permanentemente. Si no fuese así, estaría escribiendo siempre el mismo libro. No tengo una receta»[8]. Contradictorio o no, Gabriel García Márquez posee una conciencia clara del papel social que cumple con su tarea de escritor. Por eso ha afirmado: «Yo creo ser útil aunque sólo escriba libros. No sé manejar un fusil. Tenemos mártires inútiles, presionados a tomar las armas, sin que fuera ese su camino adecuado. Pero, no debe haber nada más frustrante que la conciencia de no ser socialmente útil»[9].

Sus ideas políticas son muy claras y las expresa sin temor a las consecuencias que pudieran aparejarle: «Yo ambiciono que toda la América Latina sea socialista, pero ahora la gente está muy ilusionada con un socialismo pacífico, dentro de la constitución. Todo eso me parece muy bonito electoralmente, pero creo que es totalmente utópico.» Y, en relación con el líder de la Revolución Cubana, de quien es amigo personal, ha expresado el siguiente juicio: «Latinoamérica tuvo la suerte de que Fidel Castro empuñara un fusil porque, como novelista, hubiera sido un desastre. Para los escritores revolucionarios, escribir bien es una obligación, un compromiso, uno de sus deberes»[10]. Y quizá por ello, Gabriel García Márquez, que puede ser considerado como un escritor revolucionario en muchos aspectos, se ha impuesto la obligación, o el deber, de escribir bien, y ese compromiso con sus lectores le ha traído la fama que disfruta y la popularidad que goza; y ahora, el Premio Nobel de Literatura, que acaba de recibir a fines del pasado año 1982, le ha abierto, de par en par, las puertas de la inmortalidad.

---

[6] *Ibid.*, p. 10.
[7] *Ibid.*, p. 10.
[8] *Ibid.*, p. 14.
[9] *Ibid.*, p. 14.
[10] *Ibid.*, p. 15.

BOLETÍN AEPE Nº 29. Roberto HERRERA. Gabriel García Márquez: el hombre
Centro Virtual Cervantes